



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 2.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Enero 1877 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION.—ECONÓMICA.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año...	30,00 ptas.	Un año...	18,00 ptas.	Un año...	13,00 pesetas.	Un año...	27,00 ptas.
Seis meses...	15,50 »	Seis meses...	9,50 »	Seis meses...	7,00 »	Seis meses...	14,50 »
Tres meses...	8,00 »	Tres meses...	5,00 »	Tres meses...	3,50 »	Tres meses...	7,00 »
Un mes...	3,00 »	Un mes...	2,00 »	Un mes...	1,25 »	Un mes...	2,50 »
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año...	36,00 ptas.	Un año...	21,00 ptas.			Un año...	29,00 ptas.
Seis meses...	18,50 »	Seis meses...	11,50 »			Seis meses...	15,50 »
Tres meses...	9,50 »	Tres meses...	6,00 »			Tres meses...	8,00 »
Un mes...		Un mes...				Un mes...	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con sólo el aumento de 10 por 100, en razón al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.ª.—BUENOS AIRES: D. Jacobo Peuser.—CHILE Y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido con lazos para niña.—Vestido de terciopelo para niña.—Túnica adornada con plegados para señora.—Túnica cerrada al biés.—Mangas elegantes para vestido.—Camiseta *Modestia* para traje de baile.—Cenefa para tapete: género chino.—Almohadon bordado en piel.—Canastilla para la ropa.—Pantalla de chimenea: género chino.—Imitación de punto de Inglaterra para corbata.—Almohadon de crochet.—Mosaico de tapicería.—Cenefa bordada.—Calado de punto para medias.—Puntillas de crochet.—Cartera para los peines.—Caja de tocador: mosaico de maderas.—Sillon para gabinete.—LITERATURA: La mujer de Toledo, por Abdon de Paz.—Serenata, poesía, por Rodríguez Sancho.—A Concepcion Estevarena, poesía, por María Borao.—Verdades amargas, poesía, por José Villasanté.—El Petrarca, por Salvador María Fábregues.—Marina, por Angela Grassi.—La higiene de los niños, por el Ldo. F. Lerin Olmo.—Correspondencia.—Variedades.—Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. CENEFA PARA TAPETE: GÉNERO CHINO.

Este tapete se ejecuta sobre paño grana, con una tira blanca alrededor, sobre la que van bordados con lanas y sedas de colores los motivos que ofrece, casi de tamaño natural, nuestro dibujo: los colores empleados son tantos y tan confundidos que se resisten á la descrip-

cion; pero el gusto de la bordadora deberá ir colocando juntos los más contrarios, porque la confusion de matices, que asemejan á los chales de la India, son la belleza de estas labores, en que van largas puntadas atravesadas por otras de distintos colores. El centro, más ó ménos grande, segun sea el tapete, se ocupa con un bordado del mismo género, y alrededor va sólo el paño picado y con cuatro borlas en cada esquina.

2 Y 3. CANASTILLA PARA ROPA.

Puede hacerse de todas formas y dimensiones: la que presenta el modelo es para contener la ropa de un recién nacido, y se cubre por dentro y por fuera de cutí gris adamascado y bordado á puntos largos con lana encarnada, como indica el núm. 3, que presenta el dibujo de tamaño natural: un cordon de lana gris y encarnada, con borlas, rodea la tapa, que se forra aparte y se une por cintas cosidas entre las dos telas. Por dentro se divide en separaciones ó se rodea de grandes bolsillos el forro, pudiendo añadirle otros exteriores en las dos cabeceras, adornados de cordones y borlas que cierran con presilla y boton.

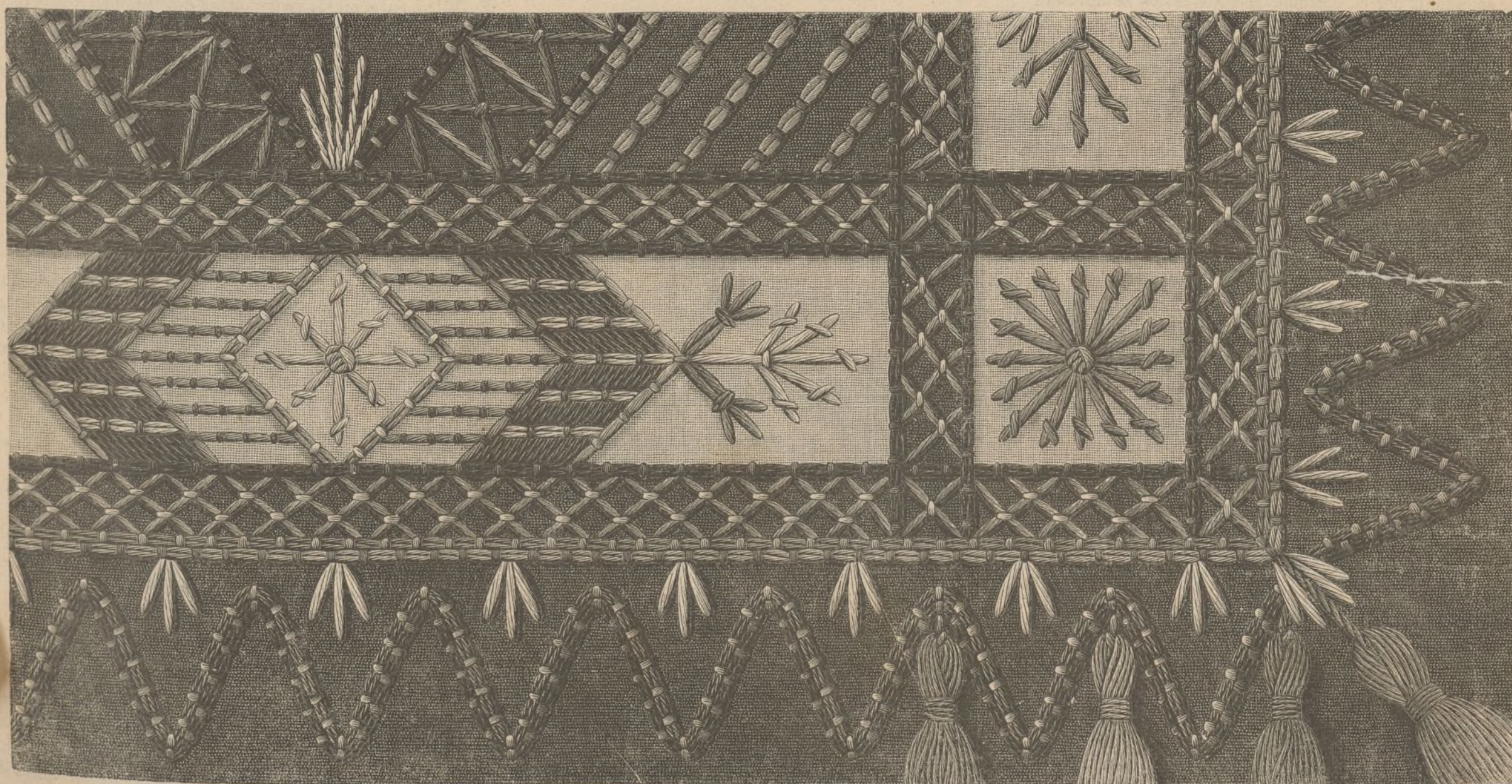
4 Y 5. ALMOHADON BORDADO EN PIEL.

Materiales: piel gris clara ó blanca de cabritilla, un cuadro de 44 cents.; gró azul, torzal de colores ó hilillo de oro.

El fondo es de piel, y las aplicaciones de los ángulos son de seda azul; bordado á punto largo y cruzado con seda blanca, y el borde con seda azul ó hilo de oro. El número 5 ofrece, de tamaño natural, la cuarta parte de esta cenefa y del ramo, bordado con torzales al pasado ó matices. La cinta que forma los lazos está bordada con oro y seda azul.

6 Á 8. CENEFAS DE TAPICERÍA.

Cada una de estas cenefas lleva al pié los colores de que consta, los que se emplearán en lanas cuando se destine la cenefa á objetos que así lo exijan, ó en mostacilla gruesa para objetos de iglesia y guarniciones de cajas. Nuestros modelos las presentan para mostacilla, y de bordarlos en lana, deberán ponerse los tonos más claros de seda.



1. Cenefa para tapete: género chino.

9 Y 10. VESTIDOS PARA NIÑAS.

El núm. 9 es el mismo vestido que presentaba por la espalda EL CORREO anterior, núm. 8, y á él acompañaba una explicación detallada.

El núm. 10 es otro vestido para niña, de terciopelo inglés color de pensamiento, con vivos, lazos y limosnera de faya de igual color: la novedad del traje consiste en cerrar en biés por delante con botones de nácar, que adornan además la manga. Por detrás es de la forma inglesa harto conocida.

11. PANTALLA DE CHIMENEA: GÉNERO CHINO.

La armadura es de bambú dorado; tiene 150 centímetros de altura, y la bandera pende de un bastón de 77 centímetros, midiendo la bandera 62 de ancho por 74 de largo. El fondo, de raso violeta, va bordado al pasado con colores, género chino, ejecutado con sedas argelinas. La falta de espacio no nos permite ofrecer el dibujo de tamaño natural; pero si el de nuestro grabado no basta, puede reemplazarse por cualquiera de los que ofrecemos de continuo. Las rosas se bordan á matices rosa y blancos; el papagayo es de oro. Las plumas de las aves deben imitar sus colores naturales.

12. PUNTA PARA CORBATA.

Imitación de encaje de Inglaterra.

Empléase para estas aplicaciones tul fino doble, bordando los contornos á cordoncillo y recortando los espacios exteriores del dibujo, adornando los espacios claros con calados, como indica nuestro modelo. Deberá unirse á una corbata de seda de color claro.

13 Y 14. MANGAS PARA VESTIDO.

La primera, adornada á 6 cents. del borde de una vuelta en tela de lana, se completa con lazo de seda y plegado hacia abajo.

La segunda lleva una vuelta de terciopelo orillada de seda, con botones y ojales figurados, y plegado de seda hacia la mano.

15 Á 17. ALMOHADON REDONDO.

Crochet tunecino.

Materiales: lana encarnada, gris de dos tonos y blanca, seda argelina grana, blanca, azul, amarilla y maíz.

El almohadon tiene 50 cents. de largo por 45 de circunferencia, y va cubierto de cuatro tiras de crochet, punto de piqué, dos negras de 6 cents., y dos de color, de 11, adornadas de bordado: para las dos primeras se ponen 11 puntos, y para las otras 21. La ejecución del punto de piqué la indica el núm. 16, pasando siempre la aguja por entre los puntos en vez de coger la presilla de encima, y sacando dos en vez de uno, que al descargarlos juntos al volver, ó sean tres de cada vez, forman el piqué. El núm. 17 ofrece dibujo para el bordado con sus colores por orden al pie, y se reúnen las tiras por puntos de seda maíz por el derecho. Los extremos se adornan con borlas.

18. CENEFA BORDADA.

Puede servir para cubierta de sofá ó sillón, bordándose á cadeneta y puntos largos sobre batista ó muselina.

19. MOSAICO DE TAPICERÍA.

Puede emplearse para almohadon ó alfombrilla.

20. CALADO DE PUNTO PARA MÉDIAS.

Como ofrecimos en nuestro número anterior, damos, de tamaño natural, el calado para las medias de baile, cuya ejecución indica el mismo grabado.

21 Y 22. PUNTILLAS PARA CROCHET.

Son sumamente sencillas y no necesitan explicación.

23 Á 25. CARTERA PARA PEINES.

Materiales: cutí á rayas encarnadas y blancas, seda negra, algodón blanco del núm. 50, y cerca de un metro de cinta.

La tira de cutí que constituye la parte superior del modelo mide 50 cents. de largo por 25 de ancho, y se borda con seda negra y algodón blanco. Una segunda tira de 10 cents. de ancho, sobre la cual no se bordan más que las tres rayas del centro, se cose transversalmente por el revés y se ribetea. Los dos extremos de la tira de cutí se vuelven por dentro hasta la tira transversal, de modo que formen dos bolsas de 11 cents. de profundidad. Los costados se cierran con un feston hecho con algodón blanco, y la cartera con cintas cosidas á ambos lados.

26 Y 27. VELO PARA BUTACA.

Bordado sobre batista.

Estos velos de butaca son muy útiles, porque encubren más que los antimacasares y preservan mejor los muebles.

28 Á 30. TÚNICA CERRADA AL BIÉS.

El grabado 30 da las indicaciones muy exactas de largo y ancho, y explica claramente la forma sencilla de la túnica que representan los grabados 28 y 29. Para recoger el paño de atrás con dobles pliegues, de 12 centímetros cada uno, es necesario disponer la abertura del centro 5 centímetros por encima de los pliegues, oblicua, y de 13 centímetros de profundidad. La parte de abajo se recoge luego en punta, á 18 cents. del centro, como demuestra en el grabado 30 una línea de puntitos. Por debajo del paño de atrás, al hilo, que se fija con algunos puntos sobre el paño de delante, este último se frunce en el costado á 116 cents. del largo, sosteniendo el frunce con cintas. En cuanto á la disposición de los adornos, que consisten en bieses de 7 á 5 cents., plegados de 5 centímetros y flecos de lana, los grabados 28 y 29 la demuestran perfectamente. La cabeza de los plegados va completamente forrada de reps.

31. CAMISETA MODESTIA.

Puede hacerse de tul, gasa ó muselina, y consiste en bullonados de 4 cents. de ancho alternando con plegados. Un ancho dobladillo de 9 cents. sostiene la cadeneta todo alrededor. El largo y el ancho van proporcionados al escote del cuerpo y el talle de la persona á quien se destina.

32. CAJA DE TOCADOR: MOSAICO DE MADERAS.

El fondo ó caja propiamente dicha es de cartón muy fuerte ó de madera, que puede hacer un cajero, con los compartimentos que se quieran. Encima de la tapase disponen varias cajitas para las alhajas, los polvos, los alfileres, etc. El largo de la caja verdadera es de 26 centímetros por 27 de ancho, y de 3 á 4 de altura. La cajita para las alhajas lleva encima otra más pequeña de 11 centímetros de profundidad: las otras tienen 6 de diámetro por 4 y 2 cents. de altura. Todos estos detalles de la tapa ó cobertera se hacen por separado, y no se colocan hasta que cada uno está adornado con el mosaico de frutos de los bosques: para esto se cubren con seda muy ligera, color castaño, forrándolas por dentro con papel moiré pegado con cola. Las tapas chatas, van igualmente guarnecidas con dos ó tres hileras de escamas de piñas de pino, y el centro con las mismas piñas enteras y ramas vestidas de papel dorado. El resto de la cobertera se adorna luego con bellotas, musgo verde y blanco, frutos de las hayas, etc. Así que está el mosaico bien seco se le da una mano de barniz copal. El acerico de terciopelo se hace del mismo color castaño ú otro que corte.

33. SILLON PARA GABINETE.

Este sillón es sumamente cómodo. Tanto el respaldo como el asiento van apuntados con botoncitos (capitoné), siendo la tela de damasco, con dos tiras bordadas ó brochadas. Completan el adorno cordones y fleco muy ancho.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administración, para recibirla franca de porte.



LA MUJER DE TOLEDO

por

ABDON DE PAZ.

V.

LA LABRADORA.

No busqueis en su rostro la delicadeza de líneas, ni en su cuerpo la morbidez de formas, ni en su trato la finura de modales, que distinguen á la señora de las grandes poblaciones. Su frente está atezada por el aire y el sol de la aldea. Su elegancia en el vestir y su esbeltez en el andar

hanse perdido en la prosa de sus faenas cotidianas. Y la discreción de sus conceptos y la pureza de su lenguaje se han embotado ante la rudeza de la gente agreste, con quien se ve obligada á tratar de continuo.

Laboriosa hasta lo increíble, se levanta antes que nadie al rayar el alba, y se acuesta despues de todos; arregla el avío á mozos y pastores; despide á su marido, cuya vigilancia hace falta en la hacienda; fija la principal atención de su aseo en la cocina, primera habitación de la casa, jalbegando el fogón cada cuatro días y limpiando la espetera cada ocho; riega, barre, cose; no descansa un momento, ni deja descansar á las criadas, de cuya holgazanería y despilfarro se está quejando siempre; vende al por menor aceite, vino, cereales, semillas y hasta huevos de las gallinas de la labranza; anda sucia de harina durante la cochura del pan, de pringue durante la molienda de la aceituna, de polvo durante el acarreo de los granos, de mosto durante la vendimia, y de grasa durante la matanza; y en esta vida de continua molestia, de incesante desasosiego, comprendiendo toda la valía del trabajo, regaña por una fruslería y se pelea por un ochavo.

No quiere esto decir que sea tacaña hasta el extremo de hacer morir de hambre al huésped que atraviesa los umbrales de su morada. Todo lo contrario. Tan económica para con los de adentro, principiando por ella misma, como obsequiosa para con los de afuera, uniéndose á la laboriosidad la prevision, y á la prevision no poca parte de amor propio, suele repetir hoy á sus huéspedes, cuando llega el caso, como ayer la esposa de García del Castañar:

Queso, arrope y aceitunas,
y blanco pan les prometo,
que amasamos yo y Teresa:
que pan blanco y limpia mesa
abren las ganas á un muerto.
también hay de las tempranas
uvas de un majuelo mío,
y en blanca miel de rocío
berengenas toledanas;
perdices en escabeche,
y de un jabali, aunque fea,
una cabeza en jalea,
porque toda se aproveche;
cocido en vino un jamon,
y un chorizo que provoque
á que con el vino aloque
hagan todos la razón;
dos ánades, y cecinas
cuantas los montes ofrecen,
cuyas hebras me parecen
deshojadas clavellinas,
que, cuando vienen á estar
cada una de por sí,
como seda carmesí
se pueden al torno hilar.

Pero ni el número, ni lo improbable de sus faenas, enervan la febril actividad de nuestra labradora.

Teniéndose por descendiente del rey Wamba, aspira, cual si le perteneciera por juro de heredad, á ser diputada provincial, ó cuando menos alcaldesa. Potencia electoral de primer orden, gusta de intervenir en la cosa pública, enseñando, venga ó nó á cuento, las cartas de cajón que al efecto le dirige el futuro padre de la patria. Recibe tertulia desde el toque de oraciones al de ánimas, en invierno en la cocina, y en verano en el patio ó á la puerta de la casa. Obsequia á sus tertulios la noche de Todos los Santos con puches y chicharrones, y el día de su Santo con rosoli y bollitos. Murmura con ellos de todo el mundo, para despues murmurar con todo el mundo acerca de ellos. Y goza de que unos y otros le hagan la corte y le rindan pleito-homenaje. ¡Pobre del que, rebelde, concite sus iras! Conceptuándose con influencia poderosa, lo mismo en la oposición que en el mando, levantará contra él bandera negra. Si el caído en desgracia es comerciante, hará en distinta tienda sus compras; si médico, llamará á otro que le asista en sus dolencias; si farmacéutico, enviará á cualquiera botica de la capital ó de un lugar vecino por los medicamentos; si profesor de instrucción primaria, inscribirá á sus niños en diferente escuela; si cura, moverá contra él un tumulto; sin perjuicio de conspirar para que todos sean expulsados de aquéllos que ella considera sus dominios.

Va á misa casi todos los días, ocupando el mejor asiento en la iglesia; pretende ser hermana mayor de todas las cofradías; y tan alto concepto tiene de sí, que de la reina abajo no se cambiaría por ninguna otra señora de España ni de sus posesiones ultramarinas.

VI.

LA CAMPESINA.

La labradora tiene hacienda; la campesina sólo tiene el producto de su trabajo. Aquella vive en buena casa, que le libra del frío en invierno y del calor en verano; ésta vive casi todo el día en el campo, víctima del rigor de las estaciones, durmiendo de noche en miserable jergón, bajo la techumbre de rústico tugurio. La una

goza de consideraciones sociales; la otra goza únicamente del favor de Dios, que, como el sol, derrama sus benéficos resplandores sobre ricos y necesitados.

Antigua criada de la capital, que no tuvo la desgracia de prostituirse, ni la fortuna de casarse con un artesano, escuchó, una vez que fué al pueblo, á cierta vieja que le propuso como conveniente el casamiento con un jornalero de allí, y á los pocos meses se unió á él bajo las bendiciones del párroco.

Algunos años despues sólo le queda de su antigua historia el recuerdo del lustre que adquirió en la ciudad imperial, del gusto en el vestir que aprendió de su señora, y de las travesuras que hizo por los llanos del Cristo de la Vega ó por las cumbres de los Cigarrales. Á la poesía de tales recuerdos sucede ahora la prosa de un marido inculco, en no pocas ocasiones beodo, que la apalea de cuándo en cuándo, y de tres ó cuatro hijos, tan sucios como desarraigados, que la demandan pan á gritos, á modo de energúmenos.

Mártir de su deber, todo lo sufre con paciencia, concentrando sus afanes en llevar limpio á su cónyuge y en sacar adelante á sus pequeñuelos. Verdadera hormiga del hogar, á él acarrea, según las estaciones, espárragos y trufas, paja para escobas finas y rabanillo para escobas bastas, plantas medicinales, como grama, amapola, flor de malva, manzanilla y sanguinaria, cereales y semillas, almendra y uva, leña y aceituna, que consume ó vende en Toledo, cuando no á sus convecinos; cria su cerdo, á costa de mil fatigas, con desperdicios propios y ajenos; conserva média docena de gallinas, sustentadas la mayor parte del tiempo en las calles, para matarlas en los dias subsiguientes al parto; barre, guisa, friega; cose de nuevo, remienda de viejo; lava la ropa de su casa, y por corto estipendio la de otras; y por cuidar de los demas descuida tanto su persona, que la mariposa se torna larva, y aquella que, cuando volvió soltera de la capital, no fué conocida en el pueblo ni de su propia madre, no es conocida ahora ni de su antigua ama cuando tiene que hacer algun viaje al campo de batalla de sus pasados triunfos.

De tal modo se apega al desembarazo de su casa, á la rudeza de sus quehaceres y á la limpieza de su aldea, desde cuyas anchas calles se divisa la inmensidad del infinito, que, apenas llegada á Toledo, se siente como asfixiada dentro de sus muros, y, deseosa de abandonarla cuanto antes, sólo ve en ella como el campesino del siglo XIV:

De casas un burujon
y mucha gente holgazana;
y en calles buenas y ruines
la basura á celemines
y el cielo por cerbatana.

Si hay algun período feliz en esta época de su vida, es aquél de dos ó tres meses de verano, en que su marido va á la limpia á tierra de Madrid. Libre de los malos tratos conyugales y del despilfarro de sus ahorros en la taberna, se afina un tanto en el vestir, da lo que se llama una vuelta á su casa, y hasta se olvida de regañar con las vecinas.

Genuina expresion de nuestro antiguo carácter, muéstrase altiva, amante de la justicia y defensora de la desgracia. Cuando se le oye gritar en la plaza ante el alcalde ó ante el cura, de quienes se cree ofendida, se recuerda á aquellos representantes de la plebe que en las Cortes de Alcalá obtuvieron colocarse frente al rey y que éste hablara en su nombre. Cuando se le oye dar la razon á quien la tiene, no por mera fórmula, sino con entusiasmo, se recuerda á los que, alzados contra la privanza de D. Álvaro de Luna y contra la influencia de los Ayalas y los Silvas, hicieron fuego á Juan II y pusieron en fuga á Enrique IV, que desoian sus justas pretensiones. Cuando se la ve inclinada en pro del desvalido, ofreciéndole hasta su vida, se recuerda á los que despreciaron el furor de D. Pedro el Cruel por defender á su desgraciada esposa Doña Blanca.

Descendiente de alguno de los aguerridos milicianos concejiles que en el siglo XIII, bendecidos por el papa Inocencio III y bajo la enseña de Alfonso VIII, dieron á la España cristiana en las quebraduras de Sierra-Morena la gloria de las Návaz de Tolosa y la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, ó de alguno de aquellos indómitos comuneros que en el siglo XVI, bendecidos por el pueblo y bajo el pendon castellano, derramaron su sangre con Padilla en las llanuras de Valladolid, conserva indeleble en su alma el lema RELIGION, PATRIA Y LIBERTAD. Su liberalismo le impulsa á condenar la tiranía, ya proceda de las altas esferas del gobierno, ya de las bajas de un cacique. Su patriotismo le anima á sufrir con paciencia el sinnúmero de cargas que la autoridad hace pesar sobre sus débiles hombros. Y su religiosidad, levantándose á modo de protesta contra el descreimiento, le inspira esas funciones de aldea, que nos encantaron cuando niños, que alentaron nuestra fe cuando hom-

bres, y que se ofrecen como la fusion de todas las clases, pues si, con referencia á nuestra provincia, la señora se confunde con la criada en la romería de la Virgen del Valle, y la criada con la señora en la misa del Santo, ambas, y hasta la misma labradora, descendiente de catorce generaciones de hidalguía, se confunden con la campesina en ese tan sencillo cuanto poético culto á Aquella, que en las montañas de Judea invocaba al Dios á cuyo nombre habían de ser derribados los soberbios y levantados los humildes, en ese tan sencillo cuanto poético culto á María, cuya apoteosis es la apoteosis de la mujer, ora nacida en palacio de jaspe, ora nacida en rústico tugurio.

(Se concluirá.)

Con motivo del cumpleaños de S. A. la Serma. Señora Princesa de Asturias, nuestro buen amigo, el distinguido escritor Sr. Rodriguez Sancho nos ha remitido la siguiente composicion, que insertamos con el mayor gusto.

SERENATA.

Ya que asoma la aurora
Fresca y riente,
Rasgando espesas brumas
Por el Oriente,
Y en la enramada
Saluda el jilguero
La luz del alba;

Quiero, excelsa Princesa,
Que á tu aposento
Lleguen estos cantares
Que doy al viento.
¡Ecos que un dia
Daba alegres al aire
La lira mia!

Mas se fueron los tiempos
De amor y gloria,
Y juventud, dejando
Triste memoria.
¡Porque los años
Nos dejan por herencia
Mil desengaños!

Vos en cambio, señora,
Jóven y bella,
Brillais como en el cielo
Radiante estrella.
¡Nunca las penas
Oscurezcan el brillo
De horas serenas!

Hoy cumplís cinco lustros,
¡Edad florida!
¡Cuando el alma no sufre,
Bella es la vida!
¡Vivid en calma,
Sin que el pesar os hiera
Jamás el alma!

Dicen que bondadosa
Sois cual ninguna,
Que partís con el pobre
Vuestra fortuna.
¡Virtud divina,
Que Jesús nos enseña
En su doctrina!

Quiera el cielo, señora,
Que Vuestra Alteza
Los rigores no toque
De la pobreza;
Mas dice el cuento
Que, á quien uno da al pobre,
Dios le da ciento.

Mas esto no hace al caso,
Noble señora;
Vos sois de nuestra España
La protectora,
Y justo el cielo
Colma de mil favores
Vuestro desvelo.

Vos sois del Rey Alfonso
La hermana pia,
Casta-diva que alumbra
La Monarquía.
¡Mil años viva
Al lado del Monarca
La Casta-diva!

Seguid por esa senda,
Cual peregrina,
Que á brillar en la historia
Os encamina.
Vuestro destino
Es ir pisando flores
Por el camino!

Si escuchásteis, Princesa,
Mi serenata,
Y á los régios oídos
No le fué grata,
Perdon os pido,
Y esa gracia esperando
Quedo rendido.

P. RODRIGUEZ SANCHO.

Madrid 20 Diciembre 1876.

A LA MEMORIA DE LA POETISA

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

¡Concepcion! Astro brillante
de inspiracion soberana,
estrella que en la mañana
vió apagar su resplandor;
de tu genio los fulgores
quedarán en la memoria,
mientras vives tú en la gloria,
ángel puro del Señor.

Rendida por el destino
doblas tu gentil cabeza;
cede la naturaleza
al no ser, tu hermosa luz:
tu espíritu se despoja
de la capa que le envuelve,
y el cuerpo á la tierra vuelve
bajo el peso de su cruz.

Volaste, sí, á otras regiones
de ventura y alegría,
donde siempre es claro dia;
donde el alma vive en paz;
donde tu lira armoniosa,
con sus notas celestiales,
á los aéres inmortales
prestará blando solaz.

Nosotros ya no tendremos
el placer de oir tu canto,
regado con triste llanto
de tu propio corazon;
no llegarán tus acentos,
tan tiernos y tan sentidos,
por las brisas repetidos
en dulcísima cancion.

Sufriste mucho en el mundo,
¡dulce tórtola cuitada!
del bello suelo alejada
donde te plugo nacer;
mucho lloraste en tus versos
y grandes fueron tus penas,
hasta romper las cadenas
que atormentaban tu sér.

Yo, al creerte desgraciada,
y doliente al escucharte,
no puedo menos de darte
cuanto cariño hay en mí;
me inspiraste simpatía,
te amaba sin conocerte;
por eso ves que, al perderte,
vierto lágrimas por tí.

Mas es vana mi querella
y vano mi desconsuelo:
¡no estás gozando en el cielo
de la gracia celestial!
¡Qué vale lo que has perdido
al dejar la tierra ingrata,
si solo el bien se aquilata
en la mansion eternal!

Aplausos, gloria, corona
quizá te guardaba el mundo;
tal vez tu númen fecundo
premiado hubiera; mas ¡quién,
por tan fútiles quimeras,
trocaría las venturas
de gozar en las alturas
los encantos del eden?

¡Dichosa tú, que en Dios vives,
en Dios moras y en Él sientes,
y en auroras esplendentes
vas los siglos á pasar!
Terminaron tus dolores:
coronada de albas rosas,
con las vírgenes hermosas
vas para siempre á reinar.

MARÍA BORAO.

Zaragoza Setiembre 1876.

VERDADES AMARGAS.

A....

Como adoran las aves al espacio
y el insecto al perfume del jazmin;
como á la lluvia la marchita planta,
así te adoro á tí.

Cual se aleja la cándida paloma
del rápido huracan, en el cenit,
del mismo modo, en mi amoroso halago,
te separas de mí.

Como piensa en su patria el desterrado,
y el esclavo en ser libre y ser feliz,
así vivo en el mundo, tristemente,
siempre pensando en tí.

Cual destroza una palma airada el rayo,
cual se agosta una flor en el Abril,
de ese modo, mujer, aunque me pese,
has muerto para mí.

Y ya que en vano tu recuerdo adoro,
Ya que te alejas mientras pienso en tí,
Y ya que has muerto para siempre, dime:
¡por qué te conocí!...

JOSÉ DE VILLASANTE Y LAGO.

Madrid 25 Diciembre 1876.

EL PETRARCA Y SU DISCÍPULO.

La Italia, que estaba dividida en pequeños y grandes Estados, era, al empezar el siglo XIV, teatro de sangrientas y encarnizadas luchas entre los ambiciosos aventureros que tiranizaban aquel país. Clemente V, temiendo un peligro para la Iglesia y su soberanía, que deseaba evitar, trasladó la Santa Silla á Aviñon, lo que hizo exclamar á Dante: "Veo al Cristo cautivo en su Vicario, burlado por la segunda vez, habiendo bebido hiel y vinagre, condenado á muerte

entre dos bandidos." La indignación del poeta no tuvo límites, censurando al segundo sucesor de Bonifacio VIII, que, huyendo de enemigos quizá imaginarios, porque no atacaban directamente á la Santa Sede, fué á ponerse á merced de dos que lo eran declarados; Felipe el Hermoso y su ministro Guillermo de Nogaret. Así empezó el cautiverio del pontificado, comparado por algunos historiadores al de Babilonia, el cual originó un cisma que causó gran quebranto á la cristiandad.

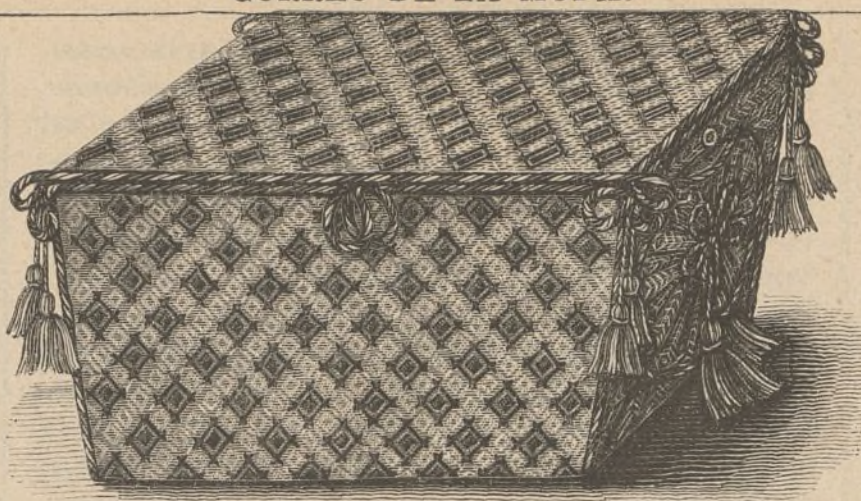
Entre tanto se iniciaba en

Italia una reacción de progreso en industria y comercio, artes, ciencias y letras, á pesar de que las convulsiones políticas acrecentaban las luchas y los odios de familias.

El talento de Dante, que había llegado al estado de perfecta madurez, con la meditación y el espectáculo azaz triste que á su vista tenía, daba como opimo fruto su poema inmortal *La Divina Comedia*. No nos proponemos hacer un examen crítico de esta obra; pero sí diremos que ni San Buenaventura, ni Santo Tomás con su ardua dialectica, han profundizado más concienzudamente la teología y la política, sin faltar ni menoscabar los principios ortodoxos.

Después del Dante vino el Petrarca, para que Italia contara en un mismo siglo dos celebridades de esas que, como los cometas, dejan en pos de sí una huella luminosa. Dante, que había muerto en el ostracismo en 1321, sin conseguir el triunfo digno de su gran talento, fué indemnizado en Petrarca al recibir éste en Italia entera una ovación tan espontánea co-

mo entusiasta. El cantor de Laura, noble señora de Aviñon, esposa del síndico Hugo de Sada, recibía en todas partes los homenajes que con justicia merece el genio. Nobleza y pueblo, reyes y papa, se disputaban el festejarle. El rey de Nápoles, entusiasta por Virgilio, al cual hizo construir su tumba de Pausilipo, le proclamaba el poeta por excelencia. Los Gonzaga, los Visconti, los Corregio y los Malatesta le ofrecían regia hospitalidad en sus palacios; Florencia misma le enviaba un embajador, joven entonces ya de muchas esperanzas, llamado Boccaccio, invitándole á que fuera á recibir el homenaje de la patria de otro genio á quien no podía honrar. Por fin, Roma, el día de Pascua de 1341, dió la última prueba de su admiración elevando al poeta á la categoría de los Césares. Petrarca, cubierto del manto de púrpura, elevado en carro triunfal, subió al Capitolio, recibiendo la



2. Canastilla para ropa. (Véase núm. 3.)



negro, oro, blanco, rubí, verde.
6. Cenefa de tapicería en cuentas.

publicana con el establecimiento de un gobierno como el que Tito Livio cree completamente perfecto; empero sin separar la idea de las instituciones romanas en su union íntima con el pontificado, al revés de Arnaldo de Brescia, que se propuso una eliminación tan inconveniente como antipatriótica. Tal era Nicolas Rienzi, el discípulo de Petrarca.

Elocuente, persuasivo, religioso, asesorándose del le-

gado del papa, con el que obraba de acuerdo, reunía al pueblo en el Capitolio ó en el monte Aventino, y con sus discursos infiltraba en su corazón lentamente el sentimiento del *buon stato*, que era el que representaba su idea regeneradora. Así fué proclamado tribuno del pueblo; así llegó á hacer una revolución en Roma que tuvo eco en toda Italia; dando

por resultado efectivo un gobierno justiciero que reprimía y castigaba con mano fuerte las turbulencias y crímenes de la nobleza, hacía ahorcar á los bandidos y obligaba á los Orsini, Colonna y Savalli á jurar la paz sobre los Evangelios.

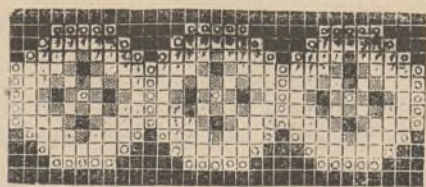
La idea del poder popular era la regeneradora de su vasto y complicado plan político, proponiéndose la organización de milicias urbanas para el sostenimiento del orden, y de una fuerza naval para defender las costas. La aplicación de los principios de justicia y caridad no fué tampoco olvidada, pues estableció graneros públicos en la ciudad para mantener la abundancia, y

creó una especie de tesoro público para socorrer con limosnas á los pobres, huérfanos y viudas de los que murieran defendiendo la patria.

La revolución llevada á cabo por Rienzi en Roma tuvo al principio partidarios en los grandes y pequeños Estados de Italia. De todas partes recibía el tribuno de la libertad y de la justicia, como se le llamaba, adhesiones y cuantiosas ofrendas en dinero. Mas no tardaron en traslucirse los fines que se proponía el popular tribuno, que no eran otros que exterminar á los tiranos que oprimían los pueblos, y Rienzi ya no tuvo amigos y aliados. Los Scala, Este, Visconti y Pepoli; la república de Venecia, Luis de Hungría y Juana de Nápoles, le miraban con algún recelo y no pensaban más que en unirse para ir contra él; pero esto no era bastante para que el discípulo de Petrarca cayera del pedestal en que



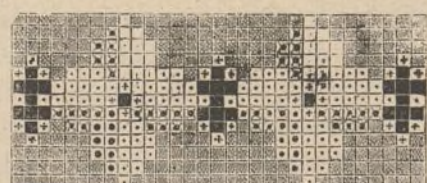
4. Almohadon bordado en piel. (Véase núm. 5.)



negro, oro, acero, blanco.
7. Cenefa de tapicería en cuentas.

5. Dibujo para el

almohadon núm. 4.



negro, oro, azul, blanco blanco cris-ace-
leche, mate, tal, ro.
8. Cenefa de tapicería en cuentas.

ntas el
sta.
notable,
guador,
aba Pe-
da ima-

o cono-
e Roma
mparán-
ban su-



núm. 5.)

eblo en
os infil-
n stato,
Así fué
una re-
cando
que re-
rbulen-
orcar á
Colonna
ngelios.
regene-
do plan
ganiza-
para el
t, y de
defender
acion de
justicia
ué tam-
a, pues
raneros
s en la
d para
gener la
undán-
cia, y



especie
público
rrer con
s á los
huérfa-
ndas de
murieran
endo la

olucion
á cabo
zi en Ro-
al prin-
os en los
ños Es-
De to-
ia el tri-
dad y de
no se le
cuan-
Mas no
irse los
el popu-
an otros
tiranos
Rienzi
os. Los
epública
uana de
le mira-
algún re-
pensa-
que en
para ir
l; pero
ra bas-
ra que el
de Pe-
yera del
en que



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2.^a II. Madrid

Ayuntamiento de Madrid

le habi
y Masi
triunfo
impopu
mente
á que si
el favor
y en un
como p

En aq
traba al
medida
Tenia
singula
mirada.
En bi
cendien
en la fa
consulta
biendo
desdena
para res
del esta
Poco
que se h
palabra
éste par
Por s
María,
y cedien
obstina
muchos
en sus l
Cuan
á recob
lado de
que ota
pado, y
plear la
la dulce
tivados
acabó p
injusto
A me
perdien
sus co
tos, co
de su l
incons
conduct
mente
talento
ser el a
del pod
hecho t
tiempo
Pasó
Fedo
dejar h
Podi
instant
prefirir
la dien
Era den



le había elevado el favor popular. Como Artavelle en Flándes, y Masianello en Nápoles, Rienzi se embriagó con sus primeros triunfos; perdió el tino; su tacto político se hizo estéril, y la impopularidad vino pronto á ser el principio de expiación. Clemente VII le amonestó repetidas veces, por medio de su legado, á que siguiera una política más franca y leal si quería contar con el favor del pueblo; mas el tribuno, fiando en una fuerza ficticia y en una influencia ya gastada, se hizo el sordo á tan sabios como prudentes consejos. Inevitable ya la lucha, Rienzi com-

prendió tarde lo mal que había obrado, y en su último discurso, en que reunió al pueblo, áun le conmovió hasta hacerle derramar lágrimas; pero no pudo conseguir que hiciera armas contra una tiranía que quería exterminar para levantar la suya sobre las ruinas de la primera. Despues se retiró al castillo de San Angelo, de donde le dejaron escapar sus adversarios políticos, creyendo, y con razon, que la idea que él representaba no podía plantearse en aquel tiempo; porque entónces, como ahora, las revoluciones no reciben la vida de los hombres, sino que, por el contrario, dan á éstos lo que su virtud ó sus delitos merecen.

SALVADOR MARÍA
DE FÁBREGUES.



9. Vestido para niña.

MARINA
POR
ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

En aquel círculo severo no se mostraba alegre y ligera sino grave y comedida.

Tenía sumo talento, palabra fácil, singular dominio en la voz y en la mirada.

En breve adquirió un indecible ascendiente sobre el ánimo de todos, y en la familia real nada se hacía sin consultarla. El mismo Boris, sucumbiendo al general contagio, no se desdenaba de ir á pedirla consejos para resolver los negocios más áridos del estado.

Poco á poco, sin saber cómo, y sin que se hubiese cambiado ni una sola palabra de amor entre ella y Boris, éste pareció disgustarse de su esposa.

Por su parte, la frívola y altanera Maria, desechada al ver su tibieza, y cediendo á uno de sus frecuentes y obstinados caprichos, permaneció muchos días encerrada en sus habitaciones.

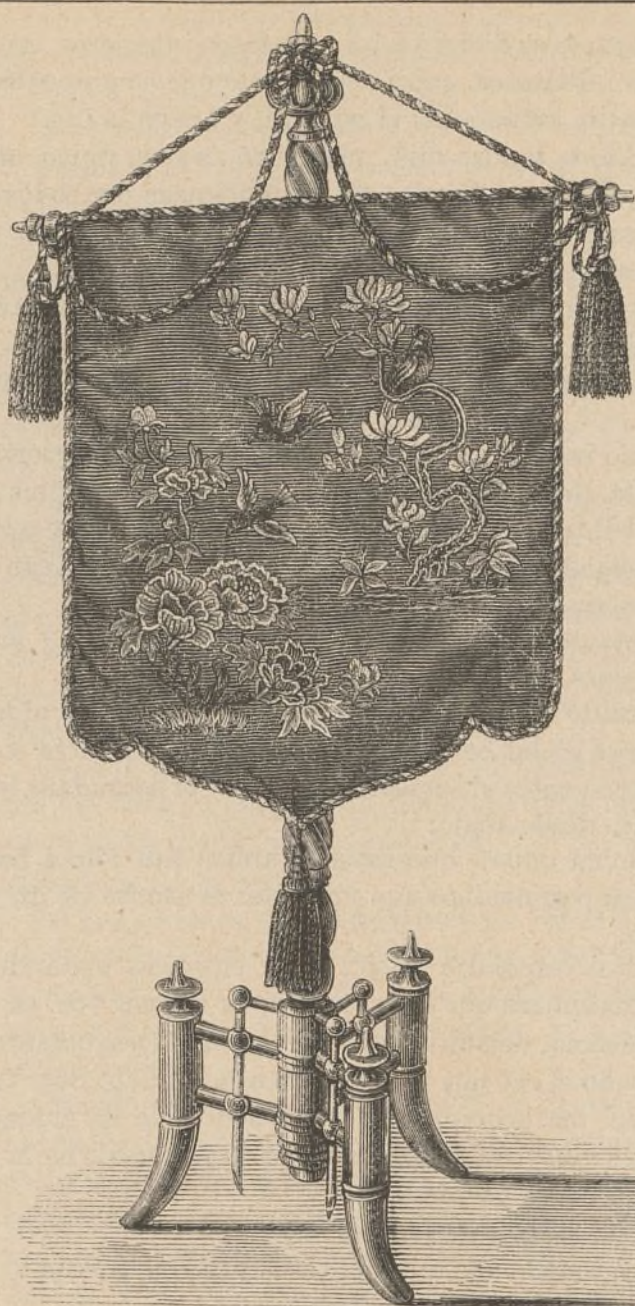
Cuando quiso volver á recobrar su puesto al lado de su marido, vió que otra lo había ocupado, y en vez de emplear la persuasión y la dulzura, dió inmotivados escándalos, y acabó por provocar un injusto rompimiento.

A medida que ella iba perdiendo terreno con sus coléricos arrebatos, con la procacidad de su lenguaje, con la inconsecuencia de su conducta, Alejandra, á quien nada aparentemente podía reprocharse más que su superior talento, lo ganaba, llegando hasta el punto de ser el alma de todos los negocios y el árbitra del poder supremo; porque el de Boris se había hecho tan nominal como lo era hacia mucho tiempo el del monarca.

Pasó el tiempo.

Fedor sucumbió á su prolongada dolencia sin dejar herederos de su trono.

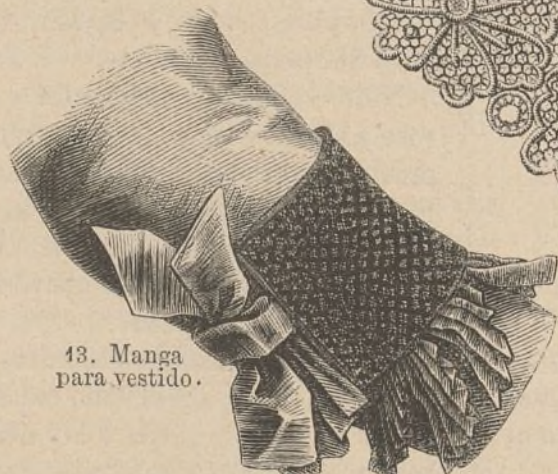
Podía Boris apoderarse al instante de la corona; pero prefirió aguardar á que se le diera el voto general. Era demasiado político pa-



11. Pantalla de chimenea: género chino.



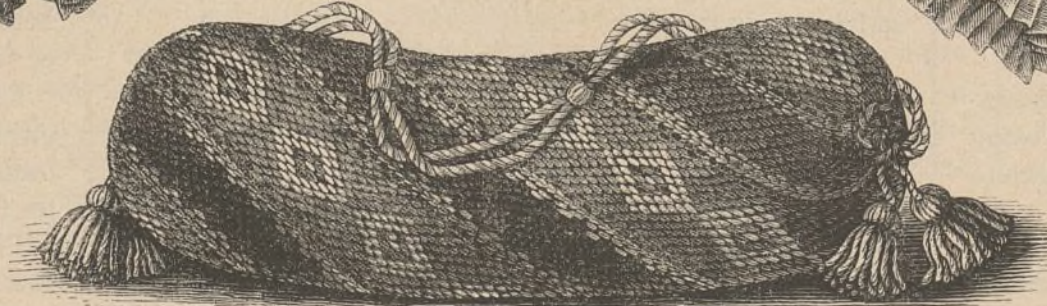
12. Punta para de punto de corbata: imitacion Inglaterra.



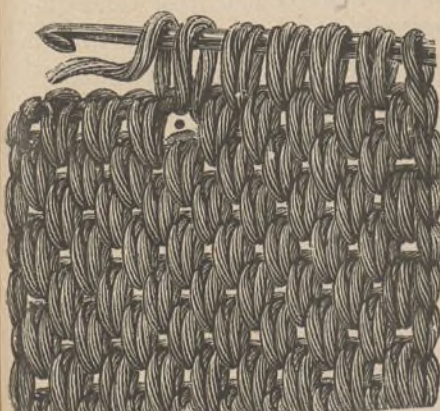
13. Manga para vestido.



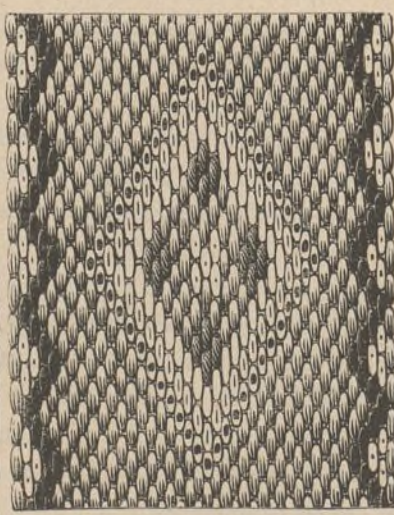
14. Manga para vestido.



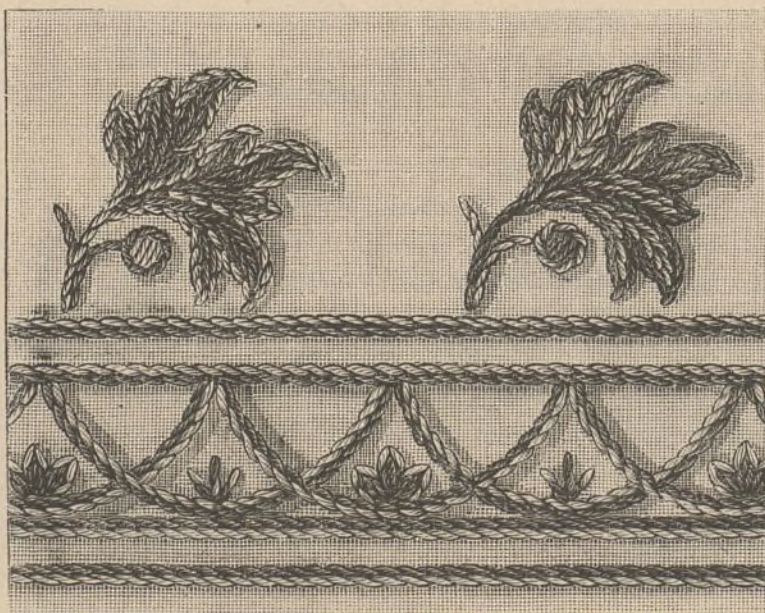
15. Almohadon de crochet. (Véanse núms. 16 y 17.)



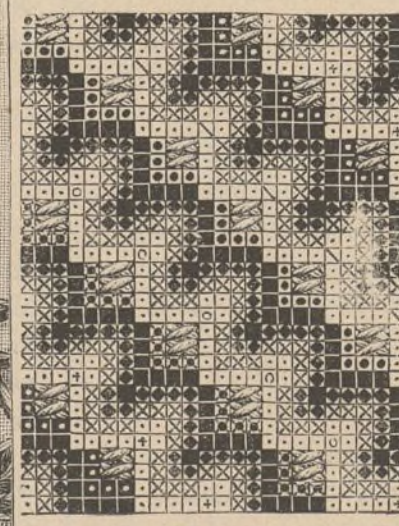
16. Nuevo crochet tunecino para el almohadon núm. 15.



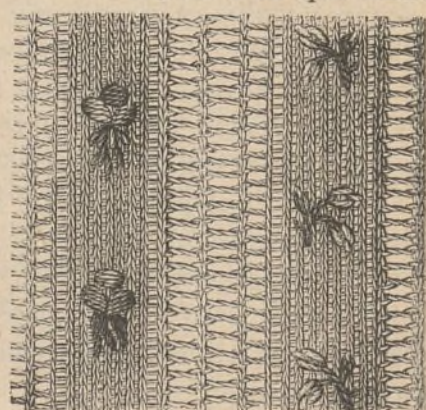
17. Dibujo para el núm. 15. negro, amarillo, gris, gris claro, blanco, azul, grana.



18. Cenefa bordada.



19. Mosaico de tapicería. negro, marron todos en escala.



20. Calado de punto para medias.

ra querer suceder de repente á la ilustre raza que ocupaba el trono, y prefería ser el natural heredero de su hermana.

En efecto, al noveno día de la muerte de su esposo, Irene manifestó su resolución de renunciar en Boris la corona, y terminar sus días en un convento.

Retiróse al monasterio de las Vírgenes, adonde la acompañó su hermano, con el pretexto de confortarla en medio de su dolor, pero en realidad para aguardar el resultado de sus bien urdidos planes.

No tuvo que aguardar mucho tiempo.

Al día siguiente presentóse en el convento el Patriarca Job, seguido de todos los boyardos, para suplicarle que admitiese la diadema, ya que su hermana se obstinaba en renunciarla.

No quiso aceptarla al pronto Boris, pretextando su humildad; pero ya sabía que otros trabajaban por él.

Cundió de repente la noticia de que el Kan de Crimea preparaba una expedición contra Rusia, y se alzaron mil voces para decir que Boris era el único capaz de contrarrestar sus soberbios planes y salvar el imperio moscovita.

Convocóse entónces una gran Asamblea nacional para tratar de la elección del soberano, y tan preparados estaban los ánimos, que Boris fué aclamado en medio del mayor entusiasmo, tanto que hasta los mismos príncipes de la sangre se adhirieron al voto general.

Ni áun quiso ceder á esto el astuto ambicioso, y sólo al cabo de tres días aceptó con vivas muestras de pesar la suspirada corona.

Alejandra, que le había servido maravillosamente en todas estas maquinaciones, y áun le había guiado con sus consejos, se enseñoreó más que nunca del ánimo del nuevo emperador, y se acrecentó su poderío.

Hallábase entónces en todo el apogeo de su hermosura, en todo el esplendor de su grandeza, y si antes era la luna á la cual las estrellas rinden vasallaje, entónces era el sol que eclipsa á todos los astros y deslumbra el universo.

Su privilegiado talento corría parejas con su privilegiada hermosura y su inflexible voluntad.

Sus innumerables adoradores enviaban á Chiuski y á Boris; pero, ¡ah! Chiuski era esposo sin serlo, era amante sin serlo Boris; para ella sólo había un dios y una religion, el poder y la venganza.

CAPÍTULO IV.

Volvamos á Uglitch.

Era de noche, y en un espacioso salon decorado con grandes retratos de familia, había una mesa espléndidamente servida, si se atendía á la escasez de víveres que reinaba en todas partes.

Dos caballeros estaban sentados á ella, y multitud de criados los rodeaban.

El uno era el voivodo Paolovitch, dueño de la casa, y otro un forastero llegado de Moscou pocas horas antes.

Terminada la comida, Paolovitch hizo seña á los criados para que se alejasen, cerró él mismo las puertas y quedó solo con el forastero.

Paolovitch acababa de ser nombrado gobernador de la ciudad, y había llegado también pocas horas antes de sus lejanas tierras, en donde pasaba casi su vida, desde que se hallaba en desacuerdo con su esposa á la que amaba.

y aborrecía al mismo tiempo. También le amaba ella, y quizá con pasión más viva y más profunda.

Los acontecimientos de la vida penden de un cabello: la cosa más leve cambia á veces el destino de millares de personas.

Eduvígis no había visto á su esposo desde su llegada, y anhelaba verle aunque fuera sin ser vista.

Aguijoneada por este deseo, dejó el lecho, temblando de frío y de emoción, y se deslizó como una sombra por los oscuros aposentos. Llegó á aquel en donde habitaba su esposo, y halló el lecho vacío.

—¡Si habrá vuelto á partir! pensó con desconsuelo.

Vagó algún tiempo por las desiertas habitaciones, y al pasar por delante del gran salón de los retratos, vió la puerta cerrada y un rayo de luz que salía por las rendijas.

—Aquí está sin duda, murmuró, ¿qué hace?

Dió la vuelta al salón, entró en un pequeño aposento contiguo, y acercó el oído á la pared.

Aquel sitio era en donde se reunían los burmestres y vasallos del señor, el cual asistía sin ser visto á los tratos que hacían entre sí, y oía al traves de una imperceptible rejilla cuanto se decían. La puerta de aquella reducida habitación se abría por medio de un resorte, conocido únicamente de los dueños de la casa.

Allí permaneció Eduvígis largo rato, recogiendo hasta el aliento, por temor de que el más leve ruido la impidiese percibir las palabras que se pronunciaban en voz baja.

Había oído por acaso un nombre que la había conmovido toda el alma.

—Sí, decía Paolovitch, si ese anillo imperial que brilla en vuestra mano no me impusiera la más ciega obediencia á vuestras órdenes, bastaría la antigua amistad que nos une para obedeceros fielmente.

—Sé que podía contar con vos, se apresuró á responder Chiuski, y por eso os he nombrado gobernador de la ciudad. He penetrado en el palacio real, y no he podido hallar ni rastro del tesoro que buscaba. Y sin embargo es preciso hallarlo. Me ha dicho el Burgomaestre, que en la casa contigua habita, desde hace poco tiempo, un polaco; mandadle prender secretamente y al instante, y que le apliquen el tormento para que hable. No: llamad á algunos hombres de confianza y yo mismo guiaré la expedición.

Eduvígis no quiso oír más. Trémula y con el rostro descompuesto, corrió á su estancia, se envolvió en un manto de pieles, tomó una llave del llavero que pendía de la pared, descendió al jardín, y por la puerta falsa salió del palacio.

Las calles de Uglitch, cubiertas de nieve, estaban desiertas, oscuras y silenciosas. Eduvígis, azorada, marchaba muy deprimida, y volvía de vez en cuando la cabeza como si temiese ser perseguida.

Por fin divisó las negruzcas paredes del alcázar, y se detuvo indecisa en el dintel de la casa inmediata.

—¡Le debo salvar! murmuró tras un breve instante de vacilación, ¿no ha salvado él la vida á mis dos hijos?

Llamó.

—¿Quién es? preguntó un hombre, asomándose á la ventana.

—¡Soy yo, Alejo, soy yo! ¡Abre en nombre del cielo! exclamó Eduvígis con voz contenida.

Bajó Alejo precipitadamente, abrió la puerta, y se arrojó en los brazos de su madre adoptiva.

—Aquí no podemos hablar, subamos, dijo Eduvígis.

Subieron ambos en silencio los cortos escalones que conducían á la habitación superior, y así que se hallaron en ella, gritó Eduvígis fuera de sí:

—¡Huye, Alejo, huye, vienen á prenderte! te aplicarán el tormento hasta que reveles un secreto que estoy segura ignoras. Mi marido te aborrece y es el encargado de cumplir la sentencia.

Si me amas huye....

—¡Sí; pero no yo solo, madre mía! Hay otros á quienes es preciso salvar....

—¿No oyes como un ruido lejano de pasos? exclamó Eduvígis.

Corrió desalada á la ventana que había quedado abierta.

—¡Ya no es tiempo; dijo con desesperación, ¡la calle está llena de soldados; ¡estamos perdidos!

—Aún no, dijo Alejo tomando precipitadamente su strelet y cargándolo. Corred á los aposentos inmediatos, despertadlos á todos, refugios todos en el palacio por el boquete abierto. Yo guardaré en tanto la puerta, y luego iré á reunirme con vosotros. Hemos recorrido el palacio, y mi huésped sabe que hay una salida subterránea que conduce al campo.... Corred....

Eduvígis desapareció.

Alejo aguardó en silencio por algunos momentos, y por fin se apercibió de que estaban descerrajando la puerta de la calle.

—Quieren proceder con cautela, pensó, nos juzgan dormidos y descuidados. El trabajo es largo y nos dan tiempo.

Entonces se dirigió á los aposentos interiores, que ya estaban desiertos, cubrió el boquete que comunicaba con el palacio, arrimó á él el pupitre, y apagó la luz.

—¡Adios, madre mía, murmuró, adios, único amigo de mi vida!.... ¡Preciso me es inmolar me por todos! ¡Si los siguiera, esta comunicación con el palacio nos vendería al instante! ¡Dios me ayudará!

Volvió á la primera estancia, y se colocó delante de la puerta.

Ya era tiempo, pues sonaba ruido de pasos en la escalera.

Como habían descerrajado sigilosamente la puerta de la calle, descerrajaron la de la habitación, pero cuando ésta cedió, Alejo descargó su arma en silencio, y oyó estremeciéndose el ruido de dos cuerpos que rodaban por la escalera.

El ataque quedó interrumpido brevemente, y le dió lugar para volver á cargar su arma.

El ruido de la explosión había hecho abrirse algunas ventanas de las casas inmediatas, los sitiadores conferenciaron entre sí, deseosos de evitar el escándalo, y una voz dijo desde abajo:

—Quien quiera que seais, venimos tan sólo á hablar con vos: permitidnos que subamos: es asunto de un momento.

—¡No! respondió Alejo. ¡Sólo entrareis matándome!

—Cualquiera que seais, repitió la misma voz ya con impaciencia, dejadnos subir, y os prometo en nombre del Czar todo el oro que desee vuestra ambición. Soy Vasili Chiuski, me acompaña el gobernador de la ciudad, y éste debe servirnos de garantía, para que creais en la realización de mi promesa.

—¡No! repitió Alejo á su vez.

—¡Entonces, adelante! gritó Chiuski, y suceda lo que quiera.

Los soldados obedecieron, pero los más atrevidos pagaron con la vida su atrevimiento.

—¡Adelante, adelante! Gritó Chiuski de nuevo. ¡Prometo montones de oro al que me entregue ese hombre!

Volvieron los soldados al asalto. Esta vez, Alejo no había tenido tiempo de cargar, y cuando pudo hacer uso de su arma, los enemigos ya estaban encima, y rodeándole por todas partes, le arrastraron hasta el centro de la estancia.

Habían traído consigo una linterna sorda; volvieron la luz.

—¡Alejo! gritó Paolovitch al reconocerle. ¡Eres tú!

—Registrad la casa, ordenó Chiuski, prended á cuantas personas haya en ella y maniatadlas.

Obedecieronle sus satélites, pero volvieron al instante diciendo que no habían hallado á nadie.

—¿Dónde están tus compañeros? preguntó Chiuski fuera de sí, dirigiéndose á Alejo.

—Ya muy distantes de Uglitch.

—¡Mientes!

—Como gustéis.

—¿Por qué han huido?

—Porque presentían vuestra visita.

—¿Adónde han ido?

—A Moscou.

—Miente en cuanto dice, gritó Chiuski; cargadle de cadenas.

Mientras sus secuaces efectuaban su mandato, Chiuski cogió la linterna y recorrió los aposentos interiores. Quería cerciorarse por sus propios ojos de que había dado el golpe en vago.

Detúvose delante del pupitre, abrió con mano febril sus cajones uno después de otro, y sus miradas tropezaron con un abultado manuscrito.

Era la narración escrita por Dimitri.

Un velo cubrió sus ojos; un estremecimiento convulsivo agitó sus miembros.

—¡Vive! murmuró con voz sofocada por el espanto.

¡Vive! ¡y ha estado aquí!

Volvió á la habitación en donde se hallaba Alejo, ya cargado de cadenas, mandó á todos que se alejasen, y le preguntó en voz baja, enseñándole el manuscrito:

—¿Quién ha trazado estos caracteres?

—¡Lo ignoro!

—Mientes otra vez.

—Entonces es que no quiero decirlo.

—Juegas con tu vida y con tu porvenir, insensato, dijo Chiuski, dejando el tono de amenaza por otro persuasivo. Yo te prometo la recompensa que te hayan prometido: no te detengas en tus exigencias: pide lo que quieras: riquezas, títulos, poder; pero ¡guay! que si rehusas, te aguardan los tormentos y la muerte.

—Podeis dictar cuando gustéis vuestra sentencia, dijo Alejo, cuyo rostro trasfigurado por los más sublimes sentimientos, reflejaba el noble entusiasmo de los héroes y los mártires.

—¡Pues bien, sea! dijo Chiuski, que había leído en su semblante su inquebrantable resolución. Paolovitch, gri-

tó, acercaos: escuchad. Llevaos á ese hombre: sepultadle en la mazmorra más profunda, pero que nadie sea osado á interrogarle. Enviad tropas en todas direcciones para que persigan y prendan á cuantas personas hayan salido de Uglitch; guarneced de tropas las puertas para que nadie pueda salir de la ciudad. Me respondeis de todo esto con vuestra cabeza.

Dejadme: quiero quedar solo aquí.

Alejo se Paolovitch con el prisionero, y cuando Chiuski vió salir al último soldado, cerró por sí mismo la puerta, volvió á examinar ávidamente el manuscrito, y exclamó estrujándole entre sus crispadas manos.

—¡Vive! ¡vive! ¡é ignora dónde se halla! Quizá cerca de Moscou, tendiendo su mano para alcanzar la diadema codiciada... ¡Cuán necio fui conservándole la vida!... Pero ahora no es tiempo de lamentarse; es tiempo de obrar. ¿Qué haré? Si estuviese aquí Alejandra, que sabe cortar de un golpe todas las dificultades...

Claro está que Dimitri se ha salvado, cuando su manuscrito se halla en esta casa, y claro está que ha huido de ella precipitadamente, cuando no lo ha podido llevar consigo...

¿Pero no podría esta casa tener comunicación con el palacio y haberse refugiado en él después que yo lo he visitado?... Sí, sí; ¡qué feliz idea!

Cogió la luz y registró minuciosamente todos los rincones; pero cual si la Providencia hubiese puesto un velo sobre sus ojos, en lo único que dejó de fijar su atención fué en el lienzo de pared contra el cual estaba apoyado el pupitre.

Cuando llegaba allí, sus miradas sólo descubrían el acusador manuscrito, que si hubiera caído en otras manos hubiera labrado su ruina y su deshonra.

Cansado de sus inútiles pesquisas, viendo que el tiempo volaba y no tardaría en clarear el alba, pensó que guardar aquel documento era muy peligroso, y era mejor destruirlo.

Sacó cuantos papeles contenía el pupitre, colocó encima el manuscrito, y les arrimó la luz. La llama brotó instantáneamente é iluminó la estancia con su luz roja.

Permaneció inmóvil Chiuski contemplando los abrasados papeles que se convertían en ceniza, y murmurando:

—¡Oh, si me fuera dable destruir del mismo modo á mi enemigo!

De repente le ocurrió la idea de que podían hallarse en la casa algunos otros indicios que acusasen la presencia de Dimitri. Dejó que la hoguera se consumiese por sí misma, cogió la linterna, y dirigiéndose á los aposentos interiores, empezó á examinar con febril apresuramiento todos los objetos.

Pero la hoguera no se apagó por sí sola, como él creía; pues antes al contrario, prendiendo en uno de los pies del pupitre, subió á invadir todo el mueble, cubriéndolo de llamas azuladas.

Notó Chiuski el resplandor y el humo; volvió presuroso á aquella estancia, y queriendo apartar y aislar el mueble propagador del incendio, vió caer una tabla perfectamente pintada, que cubría un anchuroso agujero.

Chiuski lanzó un grito de salvaje alegría, y sin cuidarse del fuego, cogió de nuevo la linterna y se introdujo por el boquete abierto.

Hallóse en un ancho corredor, y creyó reconocerlo. Recordó que hacía aquel lado caía la antigua torre que había servido de cárcel á Dimitri. ¡Quizá el príncipe habría buscado allí un refugio! Subió la escalera, atravesó el vestíbulo y penetró en la estancia.

La linterna que llevaba en la mano sólo proyectaba un círculo de luz en torno suyo, dejando en la más densa oscuridad los ángulos apartados. Por esto no pudo ver á los fugitivos acurrucados en un rincón.

Los cálculos de Alejo habían salido fallidos. Alejo no sabía que Chiuski hubiese visitado el alcázar, mandando cerrar todas las salidas.

Pero la Providencia les proporcionaba otro medio más seguro de salvación.

—Arrebatémosle el anillo imperial que luce en su derecha, y encerrémosle ahí dentro, dijo Eduvígis al oído de Dimitri.

Levantáronse ambos á la vez, adelantáronse de puntillas hasta Chiuski, que les volvía la espalda; Dimitri le sujetó entre sus brazos, mientras Eduvígis mató la luz y le arrebató el anillo, y saliendo ambos con la misma precipitación con que habían entrado, cerraron tras sí la puerta, dejándole encerrado.

Todo fué obra de un instante.

Dimitri cogió en brazos á Jorje; Eduvígis arrastró consigo á Yola y á Marina.

No sabían los peligros que podían aguardarlos fuera; pero lo primero era huir de aquella cárcel sin salida.

Sin cuidarse de los gritos y las blasfemias de Chiuski, salieron del palacio, penetraron en la casa, atravesaron por entre las llamas y se lanzaron á la calle.

El tiempo urgía: la alarma empezaba á esparcirse por el barrio; la aurora asomaba en el cielo. Eduvígis había pensado rápidamente en todo. Era mujer de extraordinario valor y firme voluntad. Dirigióse, seguida de sus protegidos, á una de las puertas de la ciudad; mostró el anillo régio al oficial de guardia, que se apresuró á franquearlos el paso; llegó á una cercana alquería, propiedad suya, mandó al obrok (colono) que aparejase inmediatamente un carro, instaló en él á los fugitivos, y se alejó exclamando:

—¡Corro á salvar á Alejo!

Volvió jadeante á la ciudad, ya iluminada por el resplandor del incendio, y en la que reinaba suma confusión. Eduvígis se detuvo perpleja; no sabía adonde ir, no sabía adonde habrían conducido á Alejo.

Por fortuna, entre las gentes que se dirigían en tropel al lugar del siniestro, iba una mujer, que dijo á otra más distante, dando grandes voces:

—Ha sido el polaco; pero ya le han llevado preso á la torre; yo le he visto!

(Se continuará.)

HIGIENE DE LOS NIÑOS.

Desde el instante en que la criatura empieza á sentir por primera vez las influencias exteriores, ó sea desde el instante del nacimiento hasta la edad de los siete años, comprende el primer período de la vida del hombre, es decir, la *infancia*.

Próximamente son unos siete meses el tiempo que transcurre desde el nacimiento hasta la primera dentición, y á este tiempo se le ha llamado *primera época de la infancia*. A los dos años de la vida se ha terminado el trabajo de la dentición, y á esta edad finaliza la *segunda época*, empezando la *tercera* en el acto de terminar el trabajo evolutivo de los dientes, hasta la segunda dentición que empieza á los siete años próximamente.

De estas tres épocas, demanda más cuidados que ninguna la primera. *El primer día de la vida es el más mortal*, dijo Sauvages. En efecto, el púvulo, al abandono del claustro materno, pasa repentinamente de una temperatura de 28° á una tan distinta, que si bien puede ser la misma, también puede ser la de 4° bajo cero, ó la de 40° sobre cero. Al encontrarse el tierno sér con cambios de de ningún modo esperaba su organismo, puede éste afectarse hondamente en totalidad, ó hacerse parcial esta afectación en cualquiera de los sistemas por los que se rige la vida material, y producir la muerte del infante en pocos momentos y de una manera rápida.

Vestidos.—El recién nacido se mantendrá, tenido esto en cuenta, debidamente abrigado, cuidando que la habitación donde se coloque esté á una temperatura sumamente apacible, y evitando que el niño perciba directamente las corrientes de aire.

Á más hay necesidad de atender á su temperamento, su constitución, etc.; un niño de temperamento linfático y de constitución débil, exigirá sin apelación cuidados mucho más activos que otro de temperamento sanguíneo y de constitución robusta, por más que cada temperamento exija prolijos cuidados por su parte.

Los vestidos del recién nacido deberán ser bastante anchos para no entorpecer sus movimientos. La envoltura que antiguamente se empleaba, y que aún se conserva, puede usarse, pero procurando que el niño mueva con ella sus miembros libremente.

El vestido á la inglesa tiene más ventajas, pasadas las primeras semanas, que el *antiguo envoltorio*; pero éste las tiene en las primeras, porque los conserva más abrigados, especialmente cuando están humedecidos por la orina.

Después de caído el cordón umbilical, debe aplicarse sobre el ombligo una compresa en muchos dobleces, del tamaño de un duro, y sujeta con un vendaje circular moderadamente apretado, para de este modo evitar la irritación que por el roce podrá producirse con la cicatriz umbilical, y también evitar las hernias del ombligo.

No conviene en manera alguna usar de alfileres, porque pueden ocasionar accidentes, tales como convulsiones, etc., y aún la muerte.

Es también de suma importancia no atar ó por lo menos separar el cordón ó cinta de la moña ó gorra debajo de la mandíbula inferior, porque fácilmente puede descomponerse la gorra y encontrarse el cuello muy comprimido. Este inconveniente puede evitarse sujetando la cinta con un pequeño vendote que se fija en la parte anterior del pecho.

Pasados algunos meses, se les quita la envoltura para reemplazarla por vestidos que varían según el capricho de los padres; pero que en ellos se tendrá en cuenta sin pasar por alto una sola de las reglas que la higiene aconseja.

Sea cual fuese la materia del vestido, se necesita que esté sumamente limpio, tanto la ropa interior como la exterior, debiendo tener mucha más asiduidad y cuidado

con los vestidos de materias animales, que con los formados de sustancias vegetales, porque guardan y retienen con más fuerza las cualidades nocivas de toda clase de fluido, especialmente del respiratorio.

La ropa interior debe ser blanca ó de colores claros.

Mientras el vestido no incomode por su peso ni dificulte los movimientos, y mientras las ligaduras, hebillas, cordones, etc., no ejerzan presión, es higiénicamente indiferente la forma que quiera dársele.

Debe quitárseles pronto los vestidos mojados, enjugando la piel para quitar de ella toda humedad, sin que haya evaporación, pues es altamente perjudicial dejar secar la ropa en el cuerpo, aunque sea por la acción de un calor artificial.

Baños, lociones y limpieza.—Los niños, para estar sanos, necesitan de mucha limpieza: por lo tanto, requieren el cuidado de que se les evite el contacto con sus excrementos, y que las nodrizas ó sus madres, doncellas ó cualquier otra persona á cuyo cuidado estén entregados, les laven perfectamente con agua templada y les muden las ropas, pero todo esto inmediatamente.

Los niños deben bañarse cada dos días; pero si en el día del baño se encuentran débiles y más fatigados, se suspenderá entonces la costumbre, ó se les bañará dos veces ó una á la semana.

La temperatura del baño deberá ser de 18 á 25 grados centígrados, y deberá dársele tanto más corto cuanto más débil y fatigado esté; pero nunca deberá pasar de cinco minutos en los primeros meses, y de siete á ocho en los demás.

Cuando los niños están agitados y duermen poco de noche, es conveniente darles un baño preparado con un cocimiento de hojas de lechuga, esto en caso de que la agitación y el insomnio sean extremados; pero si existe y no es exagerado el insomnio ni tampoco la agitación, deberá darse el baño con agua simplemente, cuidando siempre, especialmente en el invierno, resguardarles del aire hasta pasadas algunas horas.

La cabeza debe lavárseles siempre, evitando con esto la formación de costras por la acumulación de grasa.

Cuando las costras llegan á formarse, se frotará la cabeza con un pedazo de franela seca y pasará después un cepillo suave: si no fuese suficiente se untarán por la noche con manteca ó aceite de almendras dulces sólo ó mezclado con agua, y al día siguiente se les pasa el cepillo ó un peine espeso.

Ventilación, paseos.—El niño cuando nace, debe colocarse en un aposento grande y bien ventilado y manteniendo en él una temperatura elevada los ocho primeros días.

Si el niño ha nacido antes de tiempo y es débil, se le rodeará de botellas de agua caliente, sobre todo en el invierno.

La cuna deberá estar colocada con el cabecero de espaldas á las ventanas de la habitación, con objeto de que la luz no les impresione, pues la luz es muchas veces causa de que padezcan afecciones en la vista.

Hasta pasados quince días no debe el niño salir: en el rigor del verano es cuando esta regla podrá contravenirse.

Trascurrida esta época, ó sea hecha la primera salida, deberá paseárseles muchas horas al día, debiendo en el estío estar la mayor parte del día al aire libre, permitiendo en las demás estaciones sólo de tres á cinco horas.

Del sueño.—Mamar y dormir es todo el entretenimiento del niño en los primeros días. Mientras duermen deberán estar echados de lado, sea éste el izquierdo, sea el derecho. Como al principio se duermen casi siempre mamando, es bastante difícil colocarles en la cuna; pero pasados los primeros días, es mejor el acostarles que dejarles que se duerman en los brazos ó en las rodillas, porque de este modo se evitarán vicios de conformación en sus cuerpos; á más se hacen exigentes, y cuando despiertan de noche no consienten dormirse sino en brazos de la nodriza.

La costumbre de mecerlos en la cuna tiene los mismos inconvenientes, y á más acarrea consecuencias, las más veces funestas. Si se les mece, ha de ser suave y uniforme el balance, pues los bruscos sacudimientos del mecer han sido causa en muchas ocasiones de atontamientos, pesadez de cabeza por muchos años y hasta la imbecilidad y el idiotismo por toda la vida; y gracias á que cualquiera de estos estados les permita la vida. Tened en cuenta que más de una vez han quedado muertos en el acto de recibir un sacudimiento en una mecida, pues ésta les ha proporcionado una fuerte conmoción cerebral que los ha enviado al sepulcro.

No es necesario que haya mucho silencio á su alrededor para que se acostumbren á dormir con ruido; pero sí hay necesidad de no despertarlos con violencia para que no se asusten.

Ejercicio.—El de los recién nacidos consistirá en ha-

cerles mover los brazos y las piernas. Más adelante se les mueve en brazos en diferentes direcciones, y á los diez ó doce meses se les echa sobre una manta en el suelo, con el objeto de que sean espontáneos sus esfuerzos y los primeros ensayos para andar.

Alimentos.—La leche es el primer alimento que el niño recibe, y su principal nutrición durante los quince ó diez y ocho meses que siguen al nacimiento.

La madre es quien debe lactar al niño, si ésta se conforma con los mandatos de la naturaleza, que es su obligación, y no hay motivo preciso que indique esté eximida de tal obediencia; pero tanto ella como la nodriza, deberán seguir durante la lactancia las reglas que la buena higiene indica, pues forman una parte muy esencial de la higiene del niño. Debe huir de las vicisitudes atmosféricas, debe sacrificar los caprichos de la moda; nada de corsé, nada de compresiones ni ligaduras. Procurará mantener espeditas todas sus evacuaciones. Alimentos de fácil digestión, nutritivos y poco condimentados, tomados en poca dosis y no con exceso como generalmente se cree. Ejercicio moderado y diario.

No se debe buscar ni ajustar una nodriza al azar; demás se comprende que hay necesidad que tenga buenas condiciones para serlo, y para esto deben asesorarse de un facultativo.

La nodriza, para que reúna condiciones de tal, deberá tener:

Costumbres puras, sin ser propensa á la cólera, ni gustar de bebidas alcohólicas.

Que su leche sea de edad proporcionada á la de la criatura.

Que sea regular de estatura; una talla media es preferible á una pequeña ó sobre todo á una grande.

Que tenga veinte ó veinticinco años de edad.

Que goce de salud y sea hija de padres sanos.

Que sea de ancho tórax.

Que sus pechos estén bien desarrollados y bien formados los pezones.

Que no dé de mamar á otra criatura.

Con estas condiciones ya puede decirse que la nodriza es buena, y mucho más haciéndole guardar las reglas higiénicas que dejó prescritas para las mujeres que están lactando.

Hacia el sexto ó décimo mes se alternará con la lactancia á los niños, papillas claras hechas con harina de trigo, sémola, crema de arroz, etc., y más adelante se les adicionará caldos de pollo, vaca, ternera, primero colados, después puros.

La transición entre la lactancia y la nueva alimentación debe vigilarse mucho, pues ofrece multitud de peligros; entonces es cuando por lo regular empiezan á modificarse los órganos, empezando esto por el tubo digestivo. El estómago se aproxima á la dirección horizontal, como también el intestino grueso; el hígado, órgano secretor de la bilis, parece como que disminuye de volumen y su crecimiento empieza á ser menos rápido, y tal como éstos los demás órganos sufren modificaciones, en cuyo cambio, por lo mismo que sus funciones empiezan á ser más exageradas, están más expuestos á afectarse físicamente y esta afectación ser causa, ó de una enfermedad, la cual se haga crónica ó de la muerte de la criatura.

De modo que se tendrá presente este cambio y se hará de una manera suave y poco sensible al infante la transición de la lactancia á la nueva alimentación, sin exigir más esfuerzos que el que su aparato gástrico pueda dar sin afectación.

Una vez que las facultades intelectuales del niño empiezan á desarrollarse se combatirán en él la cólera, el miedo, los celos y sobre cualquier otro la gula, que son generalmente las pasiones que en la tercera época de la vida dominan al hombre. No debe de ninguna manera halagárseles con golosinas ni hacerles cobrar afición á ellas.

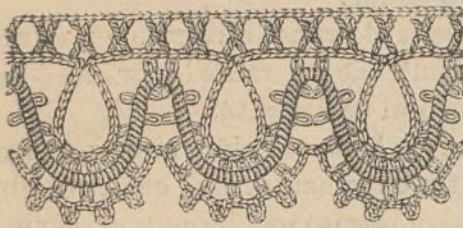
Bourdon, al hablar de la educación infantil, no quiere dar á los padres más que un consejo, que es: «¡Nada de azúcar á los niños! ¡Nada de novela á los jóvenes! El azúcar es tan sabroso, que hace tener por desabrido todo lo que no es dulce. Seca el manantial de la saliva y quita el apetito; y lo que se come sin apetito ni saliva, siempre es mal digerido, mal asimilado y poco provechoso. Una cosa análoga se puede decir de las novelas.»

La educación moral entra por mucho en la higiene de los niños. Demás se deja comprender que un padre bien educado é instruido y de sanos principios morales, no puede hacer que camine desde pequeño por mala senda, el sér á quien ha dado la vida; esta es la razón por qué no toco el punto de *educación de los niños*.

LICENCIADO F. LERIN OLMO.

CORRESPONDENCIA.

Carolina.—Se perfuman los aposentos de distintos modos, ya por medio de sachets puestos dentro de los muebles, ó poniendo en una cazoleta una esponjita empapada en alguna esencia y álcali volátil. También comunica un perfume agradable el quemar algunos granos de café.



21. Pantilla de crochet.



24. Cartera para peines, abierta. (Véase núm. 23.)

benjui. Se hacen fundir todos estos ingredientes al baño de maría, se echan otra vez en el almirez, y cuando están de nuevo congelados, se machacan todos juntos hasta que formen una especie de crema, la cual se va echando en tarros destinados al efecto. Se emplea del siguiente modo: después de haberse lavado, se frota suavemente la piel con el cold-cream, dejándolo por espacio de una hora.

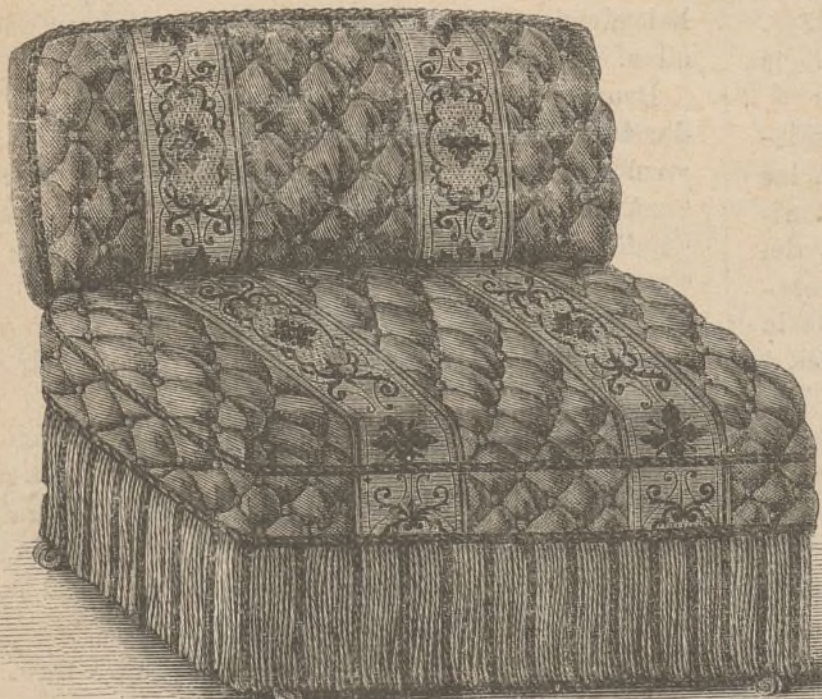
Es muy bueno para hacer que desaparezcan las pecas del cutis.

Siverina.—Las plumas masajadas y cuyas barbas se han apegotado por efecto del uso, se suspenden por algunos instantes por encima de un puchero de agua hirviendo, ó bien se sumergen en agua tibia, y gradualmente en agua más tibia aún, hasta que se llegue a la temperatura del agua completamente fría. Se hacen secar agitándolas en el aire y recobran toda su frescura. Para limpiarlas, si están sucias, se procede de este modo: se pone medio kilogramo de sosa en dos litros de agua; esto es, 250 gramos de sosa por cada litro de agua. Se hace calentar esta mezcla tanto como pueda resistir el calor la mano, se meten dentro las plumas y se dejan por espacio de doce horas. Se lavan después en esta composición, y luego se enjuagan muchas veces en agua clara. Por último, se hacen secar al sol ó a la lumbre, agitándolas muchas veces.

OBRAS DE DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

COMBATES DE LA VIDA.—Dos novelas originales que forman un hermoso tomo en 8.º, de 398 páginas. Precio, 10 reales.

A LA LUZ DE UNA LÁMPARA.—Cuentos morales para niños.—Cuarta edición, elegantísima y económica, cuidadosamente corregida por la autora.



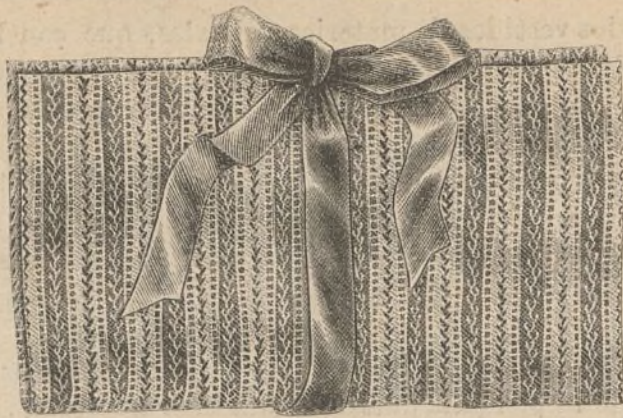
33. Sillon para gabinete.

A una distinguida suscritora.—Para hacer un buen cold-cream, pasta para blanquear el rostro y las manos, se toman 250 gramos de almendras dulces, 64 gramos de blanco de ballena y 16 gramos de cera blanca. Se pelan las almendras y se machacan en un almirez; se añade el blanco de ballena y la cera, y luego 32 gramos de agua de rosas, 8 gramos de agua de colonia y algunas gotas de

colonia y algunas gotas de



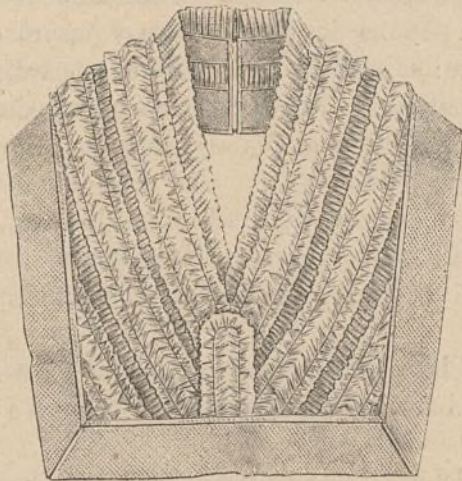
23. Túnica cerrada al biés. (Véanse núms. 29 y 30.)



23. Cartera para los peines. (Véanse núms. 24 y 25.)



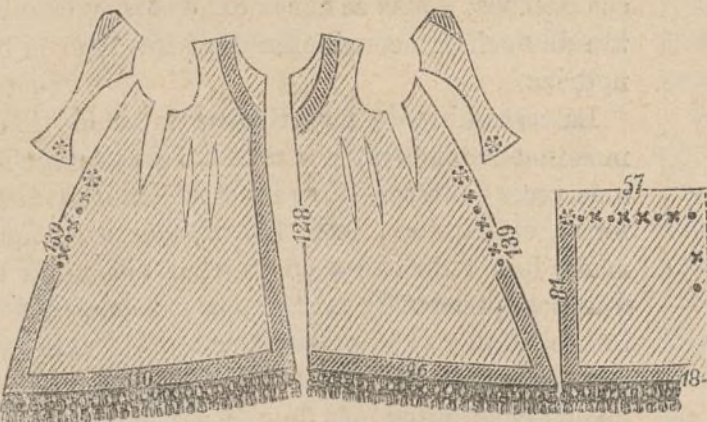
26. Ramo bordado para el velete núm. 27.



31. Camiseta Modestia.



32. Caja de tocador: mosaico de maderas.



30. Patron reducido para la túnica núm. 28.

Obra de texto para las escuelas, que tiene concedidas las más grandes prerogativas por el Gobierno de S. M., y que es utilísima para la educación de la infancia, por su gracioso y dulce estilo y por la pura moral que encierra. Precio: una peseta ejemplar y 36 reales docena.

Los pedidos de ambas obras se dirigirán a las oficinas de este periódico, ó a casa de la au-

tora, en Madrid, calle de Vergara, núm. 1, cuarto 3.º izquierda.

Explicacion del Figurin 1.249.

SOMBREROS DE INVIERNO.

NÚM. 1. *Sombrero MARÍA STUART.*—Es propio para señora joven, y consiste en fieltro blanco con diadema interior de tul de ilusión, adornada la copa con lazadas de gros-grain blanco con rayas satinadas; grupo de rosas té con follaje y plumas de avestruz blanco, cayendo hacia la frente.

NÚM. 2. *Sombrero CATA-MINA para jovencita.*—Este lindo sombrero goza de sumo favor por el momento: es el que usan los pifferaris italianos. Se hace de fieltro negro guarnecido con cinta rosa.

NÚM. 3. *Capota MARGARITA para señora.*—El modelo es de terciopelo azul marino guarnecido con una pluma de avestruz azul pálido y granadas de terciopelo de su color natural. Velo de tul blanco ó negro, cruzado atrás y viniendo á anudarse debajo de la barba.

NÚM. 4. *Sombrero ISOLINA.*—Es de terciopelo negro forrado con felpa rosa. La guirnalda interior de hojas es de terciopelo negro. El adorno de encima consiste en una larga pluma rosa y lazos de felpa, también rosa, con algunas puntas de alas de pavo real.

NÚM. 5. *Sombrero para señora de edad.*—Es de felpa violeta real; bajo el ala levantada se halla una guirnalda de rosas amarillas, consistiendo el adorno de encima en una larga pluma de avestruz, lazo de gros-grain y rosas amarillas.

NÚM. 6. *Sombrero guirnalda para teatro.*—Se compone de una preciosa guirnalda de campanillas blancas y encarnadas con follaje púrpura y verde claro. Echarpes de tul cruzan por dos veces sobre el peinado y vienen á unirse sobre el pecho.

NÚM. 7. *Toca-capota de plumas.*—El fondo bulboso es de faya negra con lazadas de cinta también negra. El borde va cubierto con una banda de plumas, y las mismas plumas puestas rectas forman diadema por delante. Esta capota se coloca muy atrás.

Las señoras que necesiten enviar las medidas para los corsés-faja que fabrica con tanto esmero Mme. Grand, las tomarán del modo siguiente: 1.º Medida de cintura justa sobre la camisa, ó sea sin ropa, sin rebajar nada. 2.º Medida de pecho, todo al rededor, comprendiendo la espalda. 3.º Medida de cadera, todo al rededor, comprendiendo el vientre y la espalda. 4.º Medida de alto del corsé, desde donde ha de llegar en el pecho hasta el final del vientre.

Nota. Cuando las medidas estén tomadas sobre otro corsé, será preciso advertirlo, á fin de no alterarlas.—Espoz y Mina, 11.



27. Velo de sillón. (Véase núm. 26.)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet antes (Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.